

9.—*La lanzada.*

Quedáronse allí María Magdalena, y San Juan y las Marías con la Virgen. Era ya tarde, hora de Vísperas, ya la gente se había ido y no sabían qué hacerse; ellos eran flacos, la cruz estaba muy alta, los clavos muy gruesos, no tenían herramienta para sacarlos, para poder bajar el cuerpo.

Estando en esto, ven venir a la gente de la justicia de Pilato, que venían a quebrar las piernas a los crucificados, porque era así costumbre para acabarlos de matar. Piensa qué sentirían. Pues cómo, ¿no basta cuál lo habéis tratado? ¿No bastan los tormentos pasados, sin de nuevo quebrar el Corazón de la Madre? ¿Con qué ruegos les rogarían a todos aquellos ministros de la justicia! Diría la Virgen: «¡No le quebréis a mi Hijo las piernas, por amor de Dios! Si lo hacéis por atormentarlo más, ya no sentirá nada; si por acabarlo ya de matar, ya está muerto. Si no os doléis de Él, habed compasión de mí; quebraréis las piernas del muerto que ya no siente, quebrantaréis mi corazón, que aun está vivo, aunque traspasado, para sentir tanto dolor.» ¿Ellos qué harían? ¿Qué se ha de pensar de gente tan cruel? En lugar de condescender a las peticiones de esta bienaventurada Virgen, diríanle: «¡Quitad allá!» Oiríanla y desviaríanla con desprecio. Pero tanto les rogó, tanto les importunó, que puso Dios en sus corazones que no le quebrasen las piernas.

¿A quién te compararé? Entonces uno de aquéllos, a quien llamaban Longinos (no fué ciego, que dicen por ahí no sé qué conseja; es burla), tomó una lanza, y dió una lanzada por encima de su Madre a Jesucristo en el lado derecho, y luego comenzó a salir sangre y agua (Jn., 1). Ya está cumplido lo de acullá; que de una costilla del lado de Adán hizo Dios a Eva. Del costado de Jesucristo sacan la Iglesia. ¿No veis el rescate de nuestra redención? ¿No veis ahí el agua (2) con que fueron lavados nuestros pecados, y la sangre con que se satisfizo a la justicia de Dios? Veis ahí el cielo abierto, que hasta aquella hora había estado cerrado por el pecado de Adán. Y[a] han abierto la ventana del arca de Noé, por la cual todos los que entra-

(2) *El agua; la edición de 1596, la sangre.*

ron fueron salvos. Ya el querubín, que estaba a la puerta del paraíso terrenal, es ido; la espada que allí estaba, ya la han quitado; el fuego que allí ardía, ya es apagado; ya han dado fin a los trabajos de Jesucristo; ya acabó la obra, a la cual fué enviado del Padre, que era a redimir a los hombres, y a quitarlos de la servidumbre del pecado. Mas los trabajos de la Virgen aun ahora comienzan. ¿Qué os parece que sentiría de ver romper así tan cruelemente aquella carne virginal salida de sus entrañas? Hacen todos llanto de nuevo viendo partir el Corazón de Jesucristo en aquel cuerpo tan atormentado y lastimado.

10.—*Descendimiento.*

Estando así todos, ven venir a José, *el cual era discípulo de Jesucristo, pero hasta allí había estado encubierto por miedo de los judíos, y había ido a Pilato, y pedídole el cuerpo de Jesucristo (Jn., 1),* porque no le podían quitar de la cruz sin su licencia. Hizo su cuenta: «¿Qué me pueden hacer? ¿Matarme? ¿Quitarme la vida y la hacienda? Todo es poco; ya no es tiempo de disimular más; ahora en las adversidades es menester mostrarse los hombres ser del bando de aquellos a quien aman.»

Vase a Pilato, pide el cuerpo de Jesucristo. Respondió Pilato: ¿Ya es muerto? Espantóse de que tan presto fuese muerto. «¿Es muerto, preguntáis? Bien parece que no sabéis cuán delicado era; bastaba el menor dolor de cuantos padeció a quitarle la vida, si la divinidad no lo sustentara. ¿No sabes tú lo que padeció en la columna cuando a puros azotes le desollaron aquel tierno y bienaventurado cuerpo? Bien parece que no sabes tú lo que padeció llevando la cruz sobre sus delicados hombros, y después cuando lo pusieron en ella; que no te maravillaras de cuán presto era muerto.» En fin, concedióle Pilato lo que pedía, y dióle licencia que lo quitase de la cruz para enterrarle.

Fuó el buen hombre, y compró una sábana de un lienzo muy bueno; compró mirra, compró acíbar para unguir el cuerpo como entonces lo tenían de costumbre; trajo un par de escaleras, y finalmente, todo lo demás que era menester para enterrar al Señor. Vino con él un buen hombre, fariseo, amigo de Jesucristo, al cual llamaban Nicodemus; toman algunos buenos hombres

que les ayudasen, y viénense al lugar donde estaba la Virgen acompañando a su Hijo bendito. Esto era viernes en la tarde, poco más de las cuatro, porque Jesucristo estuvo tres horas vivo en la cruz.

Pues como vieron venir así aquella gente, temióse la Virgen no fuese otra cosa. Dijole San Juan: «No temáis, Señora; a esta gente yo la conozco, no vienen a hacer mal, antes son amigos de Jesucristo vuestro Hijo, y deben de venir a consolaros y ver si habéis menester algo.» Llegando los buenos hombres, con muy buena crianza y con mucha vergüenza dícnle: «Señora, si hasta ahora no os hemos servido y acompañado en este vuestro trabajo tan grande, perdonadnos; hémoslo hecho como pusilánimes en no haber arriesgado las vidas y las haciendas por confesar a vuestro Hijo; harto arrepentidos estamos de ello; de aquí adelante nos enmendaremos. Ved, Señora, al presente qué mandáis hagamos; nosotros venimos a dar sepultura a vuestro Hijo y maestro nuestro, y para ello traemos aquí todas las cosas necesarias; por eso, dadnos, Señora, licencia.»

Agradecióles la Virgen su buen comedimiento, y a Dios porque así había proveído de quien le ayudase a enterrar su Hijo unigénito. Alleguémonos todos ahora a ver cómo pasa esto. No es razón que el cristiano se halle ausente al entierro de Jesucristo. Quienquiera se llega a la cama de uno que se quiere morir; cuanto más que nosotros somos los que ganamos, y sacaremos grande provecho, si con devoción y atención miráremos lo que allí se hizo. Ahora mirad cómo pasó.

Era la cruz muy grande, de quince pies en largo; ¿habéislos medido ya en vuestra cámara? ¡Bendito seáis Vos, Señor, que tan delicados hombros llevaron tal peso! Estaba la cruz puesta en una peña, hecho un agujero de dos o tres palmos de hondo. Ponen la una escalera delante, y la otra por la otra parte; suben unos a desenclavar los brazos, otros a sustentar el cuerpo. Los clavos eran muy gruesos, y quitábanlos con mucho trabajo, por no acabar de rasgar las manos. Leído he en un autor que le arrodaron una sogá por los pechos y por debajo de los brazos cuando le crucificaron para que se sustentase el cuerpo; porque se rasgaran las manos, si en solas ellas estuviera el cuerpo sustentado. Los golpes que sonaban daban en el Corazón de la Virgen, y representá-

bansele a los que le daban cuando lo crucificaban. Al fin, desclavados los brazos, abrazóse Nicodemus con el cuerpo ensangrentado. QUITAN poco a poco el clavo de los pies, el cual era grueso más que los otros, y estaba muy apretado.

11.—Llanto de María.

Llégase la Virgen para tomar a Jesucristo en sus brazos; con el dolor no podía reposar; ni descansar en pie, ni descansar asentada: «¡Dádmelo acá!» «¡Oh Señora! ¿Sabéis lo que pedís? Mirad que no descansaréis con eso, antes se doblará vuestro dolor.» Toman el cuerpo y pónenselo en sus brazos; toma San Juan de la cabeza y la Magdalena de los pies; comienzan todos a llorar con tanto sentimiento, de ver por una parte aquel bendito cuerpo tan atormentado, por otra parte de ver las lástimas que la Santísima Virgen hacía. ¡Oh gran dolor! ¿A quién te compararé?

Comienza la Virgen de allegarle las manos a la cabeza, y topaba con las espinas que le habían quedado hincadas al quitar de la corona; todos los cabellos llenos de sangre. No hacía sino rodear aquel cuerpo; no se hartaba de mirarlo, y por otra parte desfallecía del gran dolor; tómale las manos, las ve hechas pedazos; pone los ojos en el rostro de su Hijo, abre aquella boca y comienza de hablar; quebraba el corazón al que la oía: «¿Qué es aquesto, Señor? ¡Hijo mío, Dios mío y consuelo mío! ¿cómo me has dejado, sabiendo que tanto te amo? ¿Para qué me has guardado para tanto dolor? ¿Este es el cuerpo que yo tan tiernamente trataba y envolvía? ¿Quién, Señor, te ha parado tal? ¿Qué corazón bastó a hacerte tanto mal? ¡Oh beldad de Dios escupida! ¡Oh hermosura tan afeada! ¡Oh lumbrera del cielo obscurecida! ¡Oh rostro que alegras en el cielo a los bienaventurados!, ¿y quién te ha desfigurado de tal manera? ¡Oh lengua que a tantos consolaste, que a nadie supiste decir mala palabra!, ¿dónde estás que no me respondes? ¿Cómo se ha tornado mi arpa en lloro, y mi música en lágrimas? (Job, 30, 31).

Comienza San Juan: «¡Oh Maestro mío! ¿A quién iré de aquí adelante con mis dudas? ¿Quién, Señor,

me aconsejará? ¿quién me consolará? Anoche tuve mi cabeza reclinada sobre tu pecho: ahora, Señor, está la tuya sobre el mío.» La Magdalena también decía: «Señor misericordioso, ¿quién me favorecerá? ¿Quién tornará por mí cuando el fariseo murmurare de mí? Tú, Señor, tornaste por mí cuando mi hermana me decía que por qué no le ayudaba; Tú respondiste por mí. ¿Cómo dices que te amo, pues soy viva viendo mi alegría muerta?» Era lástima de oír a esta buena mujer, y entretanto bañaba los pies de Jesucristo con lágrimas de sus ojos. Lloran la Madre, lloran cuantos están presentes, lloran allí los ángeles: que para mí tengo que tomaron cuerpos para venir al enterramiento de Jesucristo. Y no va fuera de razón creer que es así, pues tomaron cuerpos para hacer otras cosas de menos calidad. Así que de creer es que los tomarían para venir a llorar juntamente con la Madre la muerte del Mayorazgo de Dios, y para hallarse en su enterramiento. ¡Qué llanto se haría! ¡Oh bendita sea tu misericordia, Señor, que no hay corazón que baste a pensarlo sin que se deshaga y quebrante de dolor! ¡Qué hiciera si viéramos con nuestros propios ojos lo que allí pasaba!

Decía la Madre: *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea aenea est* (Job, 6). Ni yo tengo fortaleza de piedras, ni mi carne es de metal. Pensad que fué el más tierno Corazón el suyo de cuantos ha habido en el mundo, y de Ella se dice (Job, 31): *Quia ab infantia mea crevit mecum miseratio, et de utero matris meae egressa et mecum*. De ver a un pobre lloraba: desde el principio crió Dios conmigo el ser compasiva, el ser misericordiosa; la ternura de mi Corazón desde el vientre de mi madre salió conmigo. Esto se dice de la Virgen en persona de Job. El Corazón más tierno del mundo fué el suyo; y si de ver un pobre llora, ¿qué haría de ver padecer a su Santísimo Hijo, de verlo muerto en sus brazos, y tan atormentado como estaba? Era tan tierna, que si viera padecer algún mal, o algún trabajo a los mismos que crucificaron a su Hijo y trataron tan cruelmente, se doliera de ellos. Pues decidme, ¿qué os parece que sentiría de ver padecer tanto a su único Hijo, y tal Hijo? Consuélate, cristiana mujer, y hombre, que estás en trabajos; sábete que tienes una Madre en los cielos, que se duele de tus fatigas más que tú mismo te dueles, y así procura Ella de remediarlas. El mayor

dolor de cuantos hay en el mundo, en el Corazón más tierno, ¿qué os parece que sentirá?

Aquí se cumple el *Ecce ancilla Domini* del día de la Anunciación; que San Agustín dice que el mismo día que encarnó, ese día murió. Cotejad, Señora, día con día, templad la alegría del uno con la tristeza del otro. Acordaos, Señora, de la alegría que sintió vuestra ánima cuando el ángel os dijo que habíades de parir al Hijo de Dios que venía a remediar al mundo perdido, que habíades de ser Madre de Dios quedando Virgen, para que no desmaye vuestro corazón con lo que ahora tenéis delante de vuestros benditos ojos. Acordaos, Señora, de la alegría de aquel día, para que no desfallezcáis en los trabajos de éste. Aquí viene, Señora, *Ecce ancilla Domini*, aquí viene el conformaros con la voluntad de Dios; alzad, Señora, los ojos al Eterno Padre, y conformaos con su voluntad para sufrir estas angustias, como allí os conformasteis con la misma para aceptar lo que el Ángel de su parte os decía:

«Padre de misericordia—decía la Virgen—, *veis aquí vuestra esclava, cúmplase en mí vuestra voluntad*. Este Hijo me disteis; con grande alegría lo recibí; veislo, ahí os lo torno; Vos me lo disteis, Vos me lo quitáis, cúmplase vuestra santísima voluntad; *esclava soy para todo lo que vuestra Majestad quisiere hacer de mí*. El día de mi alegría os canté: *Engrandezca mi ánima al Señor y gócese mi espíritu en Dios mi salud*: el día de mi tristeza y dolores suplico que la recibáis en agradable sacrificio por los pecados de los hombres.

«¡Oh pecadores, cuán caro me costáis! que por amor de vosotros ha pasado mi Corazón trance tan amargo como ha sido éste, ver a mi Hijo Jesucristo padecer tan cruel muerte y pasión. Lo que vosotros hicisteis, Él lo ha pagado, y mi ánima lo ha sentido; bien empleado vaya, aunque ha pasado tantos trabajos, porque vosotros recibáis el fruto de ellos y alcancéis perdón de Dios.»

¡Oh Señora, bendita seáis Vos, que tantos trabajos padecéis por los hombres, y tan poco os lo agradecemos!

«Yo los perdono, Señor, por la parte (3) que me cabe de los trabajos que os he visto padecer por amor

(3) *Por la parte*; la edición de 1596, *no por la parte*.

de ellos; perdonadlos, Señor, hacedles bien, consoladlos en sus tribulaciones, socorredlos en sus necesidades, ayudadlos en sus trabajos, oídllos, Señor, cuando os llamaren; alegradlos, hacedles bien por mí, Señor.»

El *Ecce ancilla*, aquí se cumplió bien, el conformarse con la voluntad de Dios. ¡Oh dechado de madres! Perdonad; no esperéis que os vengan a rogar. ¿No veis a esta Señora, Madre bendita, cuán de buena gana perdonó la muerte de su bendito Hijo, y estando aún corriendo sangre fresca, recién muerto; y no espera que le vengan a rogar, antes Ella ruega por los que le habían dado la muerte, y por los que habían sido causa de ella?

12.—Entierro de Cristo.

Era, pues, ya tarde; llega San Juan: «Señora, tened por bien que enterremos luego a vuestro Hijo y mi Maestro, porque se llega ya la Pascua. Cesen vuestras lástimas; poned fin, Señora, ya a vuestras lágrimas; acabad, Señora mía, tanto dolor; que no hay corazón que sufra poderos oír, que de dolor no esté quebrantado y traspasado.» Sacan la sábana, comienzan de cubrir el cuerpo, después de lo haber ungido ¡Oh, qué haría después de haberlo cubierto!: «¡Oh Pontífice sumo y verdadero, que ya habéis entrado en el *Sancta Sanctorum* (Hebr., 5), hallado para eterna redención de los hombres, ganado no por sangre de animales, sino por la vuestra propia! Claridad obscurcida, ¿quién os ha tornado trabajo mío, siendo en quien está todo mi descanso? Vos érades el que me alegrábades, ¿quién os ha tornado, tristeza mía? En sólo mirar vuestra bendita y resplandeciente cara solía desechar todos mis trabajos; mas en miraros ahora, todos mis dolores se doblan. ¿Qué trueque ha sido éste tan grande? A Vos os cubren con mortaja, a mi Corazón cubren de dolor.»

Tomó el sudario con sus propias manos, y púsolo en su cabeza, y envolvióla muy bien en él, y dióle besos de paz. Tenía aquella cara bienaventurada toda llena de sangre de su bendito Hijo; ¡qué buen arrebol, y cómo le parecería!

Veo yo aquí cómo llevarían a Cristo; unos sustentarían el cuerpo, otros las piernas, otros la cabeza. No con más pompa de ésta, no más andas, ni más

lutos, no más hachas, ni más soberbia. ¡Cuál va el Señor de los cielos y la tierra! ¡Oh corazones no de carne, mas de mármol, pues estáis enteros, que no os quebrantáis oyendo y considerando estas cosas! Llegan al sepulcro. ¿Qué diría la Virgen? «¡Oh sepulcro, que te dan a ti lo que yo parí! ¡Quítanmelo a mí por dártelo a ti! ¡Oh quién fuera tú!» Ponen dentro al Señor, echan luego la piedra sobre la puerta del sepulcro, cúbrese el Corazón de la Madre. ¡Oh qué llanto tan nuevo comenzaría aquí! ¡Qué retorcer de manos! ¡Qué aflarse el rostro, y desfigurarse del gran dolor y angustia! «¿Adónde iré—diría—que más descanso tenga? ¿Qué más quiero yo, que estar tan cerca de donde está todo mi bien sepultado? Aquí será mi estancia; ésta será mi consolación.»

En fin; llégase San Juan y suplícale que se fuesen ya, que era tarde. Comienzan a irse poco a poco. Envió la Magdalena por luto y por tocas para la viuda. Entonces Nicodemos pidió licencia a la Virgen para irse por otro camino antes que lo viese alguno, porque no les viniese algún mal. Fuéronse los buenos hombres, quédase la Virgen con su compañía. En esto llega el atavío de la viuda, pónenle su manto negro y sus tocas negras.

13.—*La vuelta al Cenáculo.*

Quomodo sedet sola civitas plena populo? Facta est ut vidua Domina gentium (Thren., 2). Un poco antes lloró esto Jeremías: «¡Cómo está sola la ciudad! ¡Cómo está triste la que tan alegremente vivía en esta vida con su Hijo! Está hecha así como viuda la Señora de las gentes; la libre vuelta es tributaria.» Comienzan a irse hacia el aposento; iba la Virgen casi por fuerza; el cuerpo se iba alejando del sepulcro. Pasa por do estaba la santa cruz; híncase de rodillas, adórala; enternecióse con ella en gran manera. Esta Señora fué la primera que adoró la cruz de Jesucristo nuestro Señor murió. Llévanla al cenáculo donde el mismo Jesucristo celebró la noche pasada la Pascua ¡Cuáles irían por las calles! Algunas buenas mujeres que conocerían a la sacratísima Virgen, que sabían cómo Jesucristo nuestro Señor era Santo, que ya el hecho era público, y sabían cómo sin culpa lo habían muerto por envidia que tenían de

El; y dirían aquellas buenas mujeres, que viesan a la Santísima Virgen ir tan sola, tan triste y tan angustiada: «¡Oh lastimada mujer! Sola y desamparada, ¿qué harás? ¿Con quién te consolarás? ¿A quién contarás tus lástimas? ¿Qué corazón te bastará a no desfallecer, habiendo perdido tal Hijo, y habiéndole con tus propios ojos visto padecer tantos tormentos y tan sin culpa? Nadie se quejó de Ti, antes todos dicen mil bienes; ¿quién te hizo tanto mal? El Señor Dios te consuele y esfuerce, y te dé paciencia.»

Así, pues, llegaron a la casa, y entonces quedóse San Juan a la puerta para despedir la gente, y agradecerles su buen comedimiento. Dijoles: «Señores, el Señor por quien habéis hecho esto, os lo pague, y os depare siempre quien en vuestros trabajos os ayude y favorezca. Ya veis, señores, cuán penada viene esta Señora; déjenla sola llorar su dolor, pues no hay en la tierra consuelo para Ella.»

Entra la Virgen en el aposento donde la noche antes había cenado. ¡Qué renovar de lágrimas habría allí! «¡Oh Hijo y Señor mío, compañía mía, ¿dónde quedas? ¡Es posible que vengo yo, dejándote a ti sepultado! ¡Anoche estabas aquí con tus discípulos, y ahora te dejo debajo de la tierra! ¿Qué va, Señor mío, de esta hora a la de ayer a estas horas? ¿Dónde iré que te halle? ¿Adónde iré que me alegre, faltándome Tú? ¡Cuánto más consuelo sintiera mi ánima estando allá acompañándote, que en estar aquí apartada de tu presencia!»

14.—*La Virgen recoge a los Apóstoles.*

Llama a San Juan: «Di, hijo mío, ¿adónde están mis hijos? ¿vuestros hermanos, dónde están? Los ramos de mi corazón, los pedazos de mis entrañas, ¿adónde están? Traédmelos acá.»

—Dejad eso, Señora; harto tenemos ahora en que entender con el muerto; dejad ahora los vivos.

—No—dijo la Virgen—, baste mi dolor, no añadáis dolor a dolor; bástenme mis angustias: trédmelos, que no descansaré hasta que vea los discípulos de mi Hijo.

—Que no digáis eso, Señora, ¿quién ha de osar venir? Todos huímos cuando le prendieron; Pedro lo negó. Que no querrán venir de vergüenza.

—No me digáis tal; traédmelos, que yo les prometo perdón de mi Hijo.

Fué San Juan hacia la fuente de Siloé; a uno hallaba en una cueva, a otro en otra. Párase a escuchar; oyó voces de hombre que estaba lamentando: «¡Oh traidor, cobarde, cambiador (4), fementido! ¿Y así habías de huir y dejar a tu Maestro en las manos de sus enemigos? ¡Oh mal hombre!» Llega San Juan: «No más, no más, hermano, anda acá que nuestra Madre la Virgen te llama.» Llega y dícenle: «Quita allá, no me digas eso, ¿y parecer había yo delante de gentes, cuanto más delante de la Madre de mi Maestro? Hombre que tuvo cara para huir, ¿quieres que la tenga ahora para parecer?»—«Calla, hermano, que perdonarte ha: ¿no conoces ya su misericordia? Tu Madre ha prometido de alcanzarte perdón; anda acá, no hayas vergüenza.»

Pasa más adelante: oyó que hacían gran llanto en una cueva; paróse a escuchar, y en la voz conoció que era San Pedro. «¡Oh canas traidoras, mal empleadas!—estaba diciendo—. ¡Oh pecador fementido, cobarde, mentiroso! ¿Y así habías de negar a tu Maestro? ¿Tres años de conversación tan estrecha, que ni una hora nunca de ti me aparté, tantos favores me diste, tanto amor me mostraste, y yo juré que no te conocía ni sabía quién eras? ¿Pusiéronte cuchillo, mal hombre, a la garganta? ¿estaban los tormentos aparejados delante, para si no querías negar a tu Maestro? ¿acometióte algún esforzado hombre, hubo algún grande ejército? ¿Una voz de una esclavilla te hizo temblar? ¡Oh mal hombre! ¿y qué hiciste?»—«No más—dice San Juan—, anda acá, hermano, que nuestra Madre te llama.»—«Vete de ahí, ¿qué dices? No mientes tal; aquí acabaré los días de mi vida con esta lengua que dijo que no lo conocía; aquí la castigaré en pena de su mal hablar; estos ojos se harán fuentes de lágrimas, estas manos serán sayones, y yo tomaré venganza de mí mismo. Yo hice el mal, yo lo pagaré; andad con Dios, hermano, dejadme llorar mi pecado.»—«Anda acá, Pedro, no digas tal; ¿tan poca confianza tienes de nuestro Maestro? ¿Por qué dices eso? ¿No sabes cuán blando es y cuán amoroso? Anda acá, que su Madre, y nuestra, te llama; hazte

(4) *Cambiador*: San Mateo.

ahora amigo con Ella, y luego te alcanzará perdón. Anda, vamos, no hayas vergüenza.»

Busca más: hallólos todos; vanse para el Cenáculo, hallan a la Virgen, llegan todos la boca por el suelo:

«Señora, he aquí los malos, los cobardes: todos huímos y le dejamos; sola Vos, Señora, no huísteis; todos perdimos la fidelidad; Vos, Señora, no la perdisteis; alcanzadnos perdón, Señora.» Juntanse allí todos: toda la noche y el día era pensar cómo le crucificaron; su plática no era otra. Decía San Juan que lo vió todo: «¡Oh hermanos, si le viérades en la columna, si en la coronación de espinas, si le viérades con tanto trabajo llevar la cruz sobre sus benditos hombros pregonándole por traidor, con cuánta deshonra, con cuánto cansancio; si lo viérades en la cruz, perdido el color de su bendita cara, las lágrimas en aquellos ojos, su cabeza corriendo sangre, sus pies y sus manos hechos también fuentes, y dar con tan gran trabajo el ánima al Padre!»

Así pasaron la noche, así pasemos nosotros acompañando y consolando a la Virgen y llorando con Ella tanto dolor como por nuestra causa le vino; y esta Señora, que tan afligida es hoy en la tierra, nos pagará rogando por nosotros en el cielo cuando la llamáremos. Consolarnos ha en nuestras tristezas, y socorrernos ha en nuestros trabajos y necesidades, y nos alcanzará la gracia y después gloria.

TRATADO 9.º

FESTIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE LAS NIEVES.

(*Rogativas para pedir lluvia.*)

Quis loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes ejus?

¿Quién hablará los poderíos del Señor y hará que se oigan todas sus alabanzas?

(*Ps., 105.*)

1.—*Una mujercita ensalza a la Madre de Jesús.*

Gloria es de una castidad ser combatida y no vencida. Más clara parece una paciencia mientras más cosas pesadas y fuera de razón son contra ella, y ella está en pie. Y con el mal que os hacen a vos se perfecciona el amor que tenéis al prójimo por Dios, queriendo bien a quien os hace mal; y así parece el arte de Dios, que por ocasión del que mal quería quitarte la virtud, se te acrecienta, y se esclarezca más. Y así pasa en el Señor, que por ocasión de nuestra maldad se ilustra su bondad, pues tanto se demuestra uno ser bueno, cuanto más perdona. Y así San Pablo dice: *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, etc.* (*Rom., 5*). Y así parece su poder más fuerte mientras más obra grandezas en cosas flacas. Y por eso dijo San Pablo (*2 Cor., 12, 9*): *Virtus in infirmitate perficitur*. Porque mientras es más perseguido, encarcelado y no lo podían derribar, tanto más excelente parece la virtud de Cristo, que lo tiene en pie contra tantos.

Este fué el modo con que Dios quiso enseñar su poder, obrando sus victorias contra el pecado, muerte y demonio, no con fiar más de potencia, sino de flaque-

za; mediante azotes y muerte obró las mayores hazañas que nunca había obrado (1 Cor., 1): *Infirma mundi elegit*. Y así venció y reinó por medio de hombres flacos y pobres; sin humana ciencia convirtió al mundo, para que tanto más se parezca la gloria de su grandeza, cuanto más obra por instrumentos flacos, *y se admiren todos de sus potencias, y cuenten sus alabanzas*, como dice David (*Ps.*, 105).

No sin propósito; porque se nos ha cantado un Evangelio, pequeño en palabras, muy provechoso y grande en cantidad; que encierra en sí la suma de todo lo que nos conviene hacer para ser bienaventurados; y [si] pensamos cómo esto vino por ocasión de una persona baja, con la cual Dios obró grandeza, admirados diremos: *Quis loquetur potentias Domini*.

Predicaba el Señor a mucha gente de diversas maneras, mujeres y varones, ricos y pobres, sabios y sin letras, altos y bajos; y acaecía que aquellos mayores, que era razón que más gustasen de su doctrina y lo pusiesen en obra, no sólo no lo hacían, mas lo contrario. Porque aquel milagro que el Señor hizo, de sanar un hombre ciego, sordo y endemoniado, por lo cual era razón que conociesen y reverenciasen al Señor que lo hizo, entendiéronlo tan mal, que siendo hecho por virtud de Dios, lo atribuyeron al espíritu malo, y dijeron que porque el Señor tenía amistad con *Belcebú, príncipe de los demonios*, tenía poder para alanzar los demonios (*Mt.*, 9, 34). ¡Oh justos juicios de Dios, que los que parece que ven, están ciegos, y los más cercanos a Dios en tratar su Ley y sus sacrificios, que moraban en su templo, que enseñaban a los otros, estaban más lejos de Él, y gustaban menos de Él y lo tenían en menos! Hinchábales su soberbia, e impedía la vista espiritual, como un hombre que tiene tan hinchada la cara que le impide el ver corporal. De los cuales confiesa San Agustín que era un tiempo, diciendo: *Facies mea inflammata erat, et non poterat verum videre*. Huye de éstos la lumbre y gracia de Dios, porque *con humildes y sencillos es su conversación* (*Prov.*, 3, 32), y por justo juicio suyo, hace lo que dijo (*Jn.*, 9): *Yo en juicio vine a este mundo para que los que no ven vean, y los que ven sean hechos ciegos*. Él, a alumbrar vino a todos; mas el que piensa que sabe, y no se rinde a las palabras de Dios como un niño a su maestro, huye de la luz del Señor, porque él mismo con su soberbia lo alanza de sí.

Estando, pues (1), aquellos fariseos y mayores blasfemando del Señor y del milagro que había hecho, fué hecha la mano del Señor sobre una mujercita que estaba oyendo el sermón; mujer pobre—quizá tenía el manto roto—y de las comunes del pueblo. Oía con simplicidad, con deseo de aprovecharse, con reverencia del Señor y de su palabra, y gustó de la doctrina del Señor, y recibió tanta lumbre del Espíritu Santo para conocer quién era Aquel que en hábito humilde estaba predicando a toda aquella gente, cuán grande era su alteza y cuánto se abajaba a conversar con hombres y ser su maestro; y en fin, tales cosas se le dieron a entender a esta mujer, y tanta reverencia y amor tuvo al Señor, que pospuesto todo temor, y olvidada de que era mujer, y estaba entre tanta gente, y sin tener respeto a los mayores que blasfemaban de Cristo, con fe entera, con amor verdadero y determinación de morir, si menester fuera, por amor del Señor, *levanta* y entona *la voz* para dar a entender de cuán grande afecto de corazón le salía. Dijo al Señor aquellas bienaventuradas palabras en alabanza de Él y de su sacratísima Madre, por las cuales se canta este Evangelio en esta fiesta. Palabras dignas de admiración y que nos convidan a imitación suya. Oigamos lo que la mujer dice, aprendamos de ella a alabar a la sacratísima Virgen diciendo (*Lc.*, 11): *¡Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste!*

2.—*Maria, proclamada Madre de Dios.*

¿Quién contará, Señor, tu poder, que por vaso tan flaco has obrado cosa tan fuerte, y en un suelo de arena has edificado una casa, que ni ha miedo ni a lluvias, ni a vientos (Mt., 7); y desechándote los otros de sí, ella te recibió en su pecho, con determinación de sufrir por ti y por tu Madre todo el mal que le quisieren hacer? ¡Oh mujer! Dinos, por Dios, ¿qué cosas viste en este Señor, que así te encendieron el corazón, sin poder disimular lo que sentías? ¿Quién te enseñó a honrar y alabar a su Madre con palabras, a las cuales toda la Iglesia católica después ha seguido? Comenzaste este cantar de las alabanzas de la

(1) *Pues*; la edición de 1596, *después*.

sacratísima Madre de Dios, y comenzaste a cumplir y sacar verdadera la profecía de la Virgen, en la cual dijo (*Lc.*, 1): *Bienaventurada me llamarán todas las generaciones*. Mucho has hecho, mujer, y mucho te lo debemos agradecer nosotros, de alabar al Señor en ti, o a ti en el Señor. Porque si el ángel San Gabriel llamó a quien tú alabas *bendita entre las mujeres*, aquello fué a solas, y no tenía a quién temer por decirlo. Elisabeth también la alabó, y *con grande voz* como tú; mas en su casa estaba, y sin miedo de nadie; mas en ti ha obrado Dios nuestro Señor tan gran maravilla, que antes que el Espíritu Santo hubiera venido con aquella virtud que echando (2) fuera todo temor, hizo a los Apóstoles y a los mártires confesar quién era Cristo y su santísima Madre delante de los chicos y delante de los grandes, tú, mujer flaca, tomas la mano, y haces ahora lo que ellos hicieron después. Una mujer eres, y flaca, mas figura tienes de mucha gente, y muy esforzada; porque por ti es representada la Iglesia congregada de diversidad de gentes en una fe y un bautismo.

Con determinado corazón confiesa ser *bienaventurada* la sacratísima Virgen María, y *haber concebido y dado leche* al verdadero Hijo de Dios; y si lo trajo en su vientre y le dió leche, verdadera Madre suya es, y Él es verdadero hombre; cortando la cabeza a los herejes, que decían que tuvo cuerpo fantástico y no natural. Madre es la Virgen, de Dios verdadero; y aunque no Madre de Dios en cuanto Dios, sino de Dios en cuanto hombre, dos naturalezas y una persona. Hijo es de Dios e Hijo de la Virgen María; mas no es dos hijos, sino uno, y por eso Ella es Madre del que es Dios y hombre. ¿Quién contará qué dignidad es aquésta? ¿Quién declarará la sentencia que esta mujer dijo?: *El vientre que te trajo y los pechos que mamaste*; dignidad sobre todas las dignidades, nombre sobre todo nombre, que en cielos y tierra a pura criatura puede convenir. ¿Queréis honrar a la Virgen? Llamadla Madre de Dios humanado; porque quien esto le dice, honra le da sobre toda honra; y no será sin galardón, porque Ella es muy agradecida, y ama a quien le ama y honra a quien le honra.

(2) La edic. 1596: había venido con aquella virtud que ha echado fuera...

3.—*María, digna Madre de Dios.*

Mas hay aquí mucho que advertir, y es, que siendo el Señor tan honrador de su santa Madre, ejemplo de todos los buenos hijos en reverencia, amor y obediencia, del cual se escribe (*Lc.*, 2) que *era súbdito a ella*, ¿por qué no agradeció a esta buena mujer las alabanzas que dijo a su Madre? Por que, pues, la mujer extraña confesaba a su madre, ¿por qué no le respondió al mismo tono, y dijo: «Dices gran verdad en lo que dices y entiendes, y aun mucho más bienaventurada es de lo que dices y entiendes»? ¡Oh Señor, y qué secretos son vuestros caminos, cuán profunda vuestra sabiduría, que pareciendo que negáis concedéis, y en todo nos enseñáis! Bienaventurada llamas—dice el Señor—a mi Madre porque me trajo en su vientre y me mantuvo a sus pechos; mas yo te digo que *son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.*

Alabado seáis, Señor, por tales palabras; y gracias damos a la mujercita, por ocasión de la que tal doctrina nos diste, que de tanta ceguedad nos libra, si queremos recibir tu lumbre: «Mujer: la que alabas merece ser alabada, y mucho más de lo que tú piensas; y porque tú no sabes alabarla por lo que ella principalmente lo debe ser, yo te enseño. Y otra causa hay de su mayor bienaventuranza, que por lo que tú la llamas bienaventurada. Tú hablas al modo común, que viendo a un hijo muy bueno, suele llamar a su madre *bienaventurada*, porque lo engendró y dió su leche. Mas esa alabanza, en los ojos de Dios, cosa es de muy poco valor; y si mi Madre no tuviera virtudes con que me concibiera en su ánima, hiciera y *guardara la palabra de Dios*, poco le aprovechara ser Madre mía según la carne, si no fuera según el espíritu.»

Toda criatura se desengañe, que pues por parentesco tan cercano como es ser Madre, y tener Hijo tan grande como es Dios humanado, no basta para hacer una mujer bienaventurada, menos bastarán otros linajes ni otras cosas, si no hubiera parentesco espiritual con Cristo redentor nuestro, que consiste en fe verdadera y obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Y porque vió el Señor que muchos habían de ser engañados por poner en estima el linaje,

y otros por hacer algunas buenas obras, sin tener obediencia a sus santos mandamientos, cada vez que le tocaban en negocio de parentesco luego apelaba al del espíritu: *Aquí está tu madre y tus hermanos*, le dijeron una vez estando predicando (Lc., 11); y tendió Él la mano hacia sus discípulos, y dijo: *¿Quién es mi madre y mis hermanos?* (Llamaban entonces a los parientes hermanos.) *Quien hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, aquél es mi hermano y mi madre.* ¡Oh ceguedad de los hijos de Adán! ¿Y por qué no miramos cuán honrosa y cuán dichosa cosa es emparentar con Rey tan alto, y de parentesco tan cercano como es ser madre, hermano y hermana? ¿Por ventura, en comparación de este linaje real y divino, no es asco el linaje de la carne todo entero, aunque sea linaje real?

¿Qué tanto bien está encerrado en oír la palabra de Dios y guardarla, que si uno hiciese esto, sería más bienaventurado que la Madre de Dios fué, si no tuviera más que ser Madre de Dios? Mas ninguno lo es, ni será, tanto como Ella, porque ninguno fué Madre de Él, según la carne, como Ella, ni según el espíritu tanto como Ella. ¡Oh Madre verdaderamente bienaventurada, que con ánima y cuerpo engendrateis a Dios humanado! Y de tal manera sois Madre según la carne, que os dió Dios tales gracias para que seáis digna Madre. Y así como no hay cosa tan conjunta a Él según la carne, como Vos, así tampoco la hay según el ánima. Y por esto el darle carne, el darle la leche, el defenderlo del frío abrigándolo en vuestros brazos, y sirviéndole con oficio de Madre hasta la menor cosa que le hacíades, era hecho con tanto amor y tanta gracia, que era preciosísimo delante de los ojos de Dios, y en cada cosa, por baja que fuese, le ofrecíades vuestras entrañas, aparejada a dar la vida por Él. ¡Quién contará, hermanos, lo mucho que el Hijo de Dios recibió de su sacratísima Madre, pues recibió el ser hombre, por ser concebido (3) de Ella, y el ser mantenido en su vientre, y fuera de él; de manera que aquella sacratísima vida, con cuyos trabajos y muerte fuimos redimidos, podemos decir que fué *carne de la Virgen*, pues que Ella se la dió y le mantuvo!

(3) *Cocebido*; la edición de 1596, *recibido*.

4.—*La Virgen nos da a Dios amansado.*

¡Oh Señora, y qué te debemos! ¡Y cuán mal te lo agradecemos, y peor servimos! Que por un guisado que nos dan a la mesa, solemos dar gracias a quien lo guisó; no tanto por la dádiva, cuanto por el amor y cuidado con que lo aderezaron para nosotros; ¿y cómo no agradecemos a la Virgen que tal manjar tan bien guisado nos dió? ¿Sabéis qué nos dió? No menos que a Dios. ¿Sabéis cómo nos le dió? Humanado; y con Él en las manos nos está convidando (*Prov.*, 9): *¡Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo aguada!* ¿Quién podía sufrir la justicia de Dios antes que se entrase en las entrañas de la Virgen, y de ellas saliese humanado a tratar con nosotros? ¿Que era Dios entonces sino *vino puro*, que no había quien lo sufriese? ¿Qué cosa es después de humanado sino *vino templado*, que temblando primero de Él los muy altos, se llegaron después a Él los niños, y los abrazaba y los bendecía, *y riñó con sus discípulos* (*Mr.*, 10, 14) porque no dejaban llegar los niños a Él? Pan fortísimo es Dios, y muy [des]proporcionado a la flaqueza de nuestros muy flacos estómagos; mas el pan que el niño no puede comer, cómelo la madre y conviértelo en leche, y así lo puede el niño comer. Y tal nos da la sacratísima Virgen a Dios, pues nos lo dió niño, puesto en un pesebre, manso y humilde, para que ninguno que quiera ser remediado, tema de llegarse a Él; pues Él convida y llama a los pecadores que se lleguen a Él, diciendo que vino por ellos y murió por ellos.

¿Quién nos tiene, que no digamos a voces lo que dijo la mujercita: *Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste?* ¿Por qué no sentimos en nuestro corazón cuán grande y dulce es Cristo, y agradecemos y servimos a su sacratísima Madre por el bien que nos hizo en nos le dar? ¿Por qué tan tibios en sus alabanzas, en ayunar sus fiestas, en oír sus Misas y comulgar en ellas, en imitar sus virtudes, en alegrárenos el corazón y en ablandárenos, en oyendo su dulcísimo nombre de la Virgen María? ¿Por qué tenemos dureza para negar al pobre que nos dice: «Dadme limosna por amor de la Virgen María»?

5.—¿*Quiénes gozan del fruto de María y quiénes no?*

Bienaventurada mujer, que sentiste quién era Jesucristo en ti y para ti; bienaventurada mujer, que creíste ser Jesucristo redentor nuestro, y gozaste de su redención. Nosotros, por nuestros pecados, contentámonos con creer con una fe muerta lo que tú creíste, y muchos de nosotros no gozamos de lo que tú gozaste. Tú creíste y amaste; *oíste la palabra de Dios, y guardástela*; y aun dicen algunos que aquesta mujer fué Santa Marcela. Mas nosotros estamos lejos de *oír y guardar la palabra de Dios* como ella; confesamos a Jesucristo por redentor de pecados, y estamos cautivos en los pecados; llamamos a Dios nuestro Padre, y por la mala vida somos hijos del demonio; y habiéndonos Cristo ganado perdón de nuestros pecados, fuerza para ser buenos, adopción de hijos de Dios, gracia para agradarle y cumplir sus santos mandamientos, gloria para siempre en el cielo, hay muchos que se están sin recibir cosa ninguna de aquéstras, como si Jesucristo no hubiera venido, ni traído nada de aquesto.

Creo cierto que el hombre que ha sentido en su corazón amargo dolor por haber ofendido a Dios, y ha hecho una verdadera y sencilla confesión, y que ha satisfecho a Dios y a sus prójimos conforme al consejo de su prudente confesor, y se ha dado tan buena maña con la gracia de nuestro Señor, que aunque no tenga evidencia clara que sus pecados le son perdonados, y que es recibido por hijo de Dios (que en esta vida no se puede tener sin particular privilegio), mas a lo menos tiene alegría de corazón, una mudanza de propósitos, de malos en buenos, una confianza nueva en Dios, un amor entrañable con Él y con sus prójimos, un grande aborrecimiento de pecados, y cosas que quien las recibe las sabe, que le hacen conjeturar que le ha sacado Dios del infierno y lo ha puesto en camino del cielo por los merecimientos y sangre de Jesucristo, Hijo de la Virgen María. ¿Cómo podrá éste, viéndose tan remediado por el Hijo de la Virgen, dejar de decir con entrañas y lengua: *Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste?* Si por comer del fruto de un árbol parece que lo agradezco al árbol y lo bendigo, y con comer de aquel fruto escapas de una ponzoña mortal, ¿cuántas veces dirías: «¡Bendito Dios que crió aquel árbol!»?

No es invención ésta mía, figurado está muchos años ha en el pueblo de Betulia, que viéndose libre de la muerte por medio de la Santa Judith (13) le dijeron: *Benedicta filia tu a Domino; et: non recedet laus tua de ore hominum.* Por Señora tienen a la Virgen María, y por muy obligados a su servicio, los que han recibido la vida por el fruto de su vientre, que es Jesucristo; *no se aparta de su corazón la memoria de Ella, ni de su boca la alabanza de Ella;* y unas veces a solas como el arcángel San Gabriel y Santa Elisabeth la bendicen; y si es menester la bendecirán delante de toda la infidelidad, aunque les cueste la vida. Mas los que no gozan del fruto de su vientre, no viven con la vida que trajo, ni reciben el perdón, ni su gracia, éstos no la alaban, o si la alaban no la aman, y si la aman no es de verdad. Porque aquel de verdad la ama, que oye y guarda sus palabras: ¿Queréislo oír dicho en su persona? (*Eccli.*, 24): *Transite ad me omnes, qui concupiscitis me et a generationibus meis adimplemini;* que es: *Pasad a mí, imitadme, que es ser llenos de sus generaciones;* mas de sus virtudes, esto es lo que ella nos pide, que imitemos su castidad y humildad.

Et nunc filii audite me; beati qui custodiunt vias meas, et observant ad postes ostii mei (*Prov.*, 8): No piense nadie privar con Ella sino por el camino que Ella privó con Dios. *Ella guardó la palabra del Señor;* sigamos nosotros a Ella por sus caminos, y entonces seremos bienaventurados, y hollando las puertas de su misericordia seremos oídos; que llamarla y ofender a Dios y a Ella; ya no es cosa que cumple. *El que llamare el nombre del Señor será salvo* (*Rom.*, 10, 13); más en otra parte dice (2 *Tim.*, 2, 19): *Discedat ab iniquitate omnis qui invocat nomen Domini.* Así ha de ser: *Omnis qui invocat nomen Domini.* Y a los que llaman al Señor, *in veritate*, está Él cerca y también Ella. ¿Queréislo ver? Mirad la fiesta, que hoy celebramos, de las Nieves.

6.—*El prodigio de la nevada, esperanza de lluvia.*

Aquellos dos romanos, Patricio y su mujer, eran buenos cristianos; y como no tenían hijos, no tenían codicia de este mundo; con bondad de vida juntaron oraciones, hacían limosnas, y fueron oídos de nuestra

Señora, y Ella fué oída de su Hijo, y llovió nieve en tiempo de agosto. Calor hace ahora; mas no es tan ajeno ahora el llover agua, como nieve en tiempo de agosto. ¡Oh Virgen siempre bendita! ¿Para qué escogisteis este milagro en señal que queríades ser heredera de aquestas dos buenas personas? Para dar a entender la blancura de su virginidad, la pureza de su vida, que se significa por lo blanco. —¿Para qué nieve en tiempo de agosto? —Para darnos esperanza, y que si fuere de nosotros fielmente llamada, nos alcanzará agua que temple el calor de la tierra para dar fruto. No queda por Ella, no; no le falta cosa alguna para buena abogada; mucho puede con Dios; mucho nos quiere. Madre es de Dios; mucho derecho es el de la madre con el hijo. Y Madre es de nosotros, y mucha es la ternura del corazón maternal para con nosotros. No está olvidada de que al pie de la cruz le encomendó su Hijo a los cristianos en persona de San Juan, diciendo (*Jn.*, 19): *Ecce filius tuus*. No hace su oficio flojamente, ni tiene descuido en lo que Dios le encomendó. Con humildad le ruega, con perseverancia le suplica, y Ella suele amansar los enojos de Él estando en el cielo, la que lo acallaba en la tierra cuando siendo Niño lloraba. Muy bien sabe representarle los servicios que le hizo entonces, pidiéndole que nos haga mercedes a nosotros por Ella; y pues Dios recibió tanto, y Él es tan agradecido, no dejará de la oír.

7.—La tecuites y María.

Acordaos de aquella mujer tecuites (4), a la cual dijo Joab (2 *Reg.*, 14): *Lugere te simula*; y mirad cómo abogó delante de David por Absalón, que había muerto a su hermano, y alcanzó lo que pidió. Dice el texto que esto hizo Joab porque entendió que el corazón del rey estaba vuelto, y ablandado para con Absalón; y dice la glosa que lo oía suspirar por su hijo. Pecado hemos contra los mandamientos de Dios, mas su paternal corazón se compadece de nos, pues murió por nos; y aunque nos azota, siempre va forzado a lo hacer. Primero le duele a Él que a nosotros, y forzado de nuestros pecados nos castiga. Que Él querría más hacernos mercedes: *Proprium est illi mise-*

(4) *Tecuites*: natural de Tecua.

rer; mas nosotros, como San Jerónimo dice: *clementem Dominum in amaritudinem vertimus*. Y como la Virgen le conoce las entrañas de su misericordia, y que *non continet in ira misericordias suas*, llegase a Él; y no ha menester fingir que llora; que en sus entrañas tiene, aun estando en el cielo, entrañable compasión de nosotros. Porque San Bernardo dice: Tiene la Virgen compasión de los hombres, y con corazón de Madre dice al Señor:

«Yo, Señor, tuve dos hijos y riñeron en el campo, y mató el uno al otro. Ya, Señor, sabéis que Yo soy Madre vuestra, y Madre de los cristianos; ellos por sus pecados mataron a Vos delante de mis ojos en el campo del Calvario; por las travesuras de ellos fuisteis Vos crucificado con grande dolor vuestro y mío; víos morir, y túveos en mis brazos muerto, y cuantas heridas Vos en vuestro cuerpo tuvisteis, tantos cuchillos tuve yo en mi corazón. Vos, Señor, y no otro, sabéis lo que vuestra muerte me costó y adónde me llegó; y si no fuera por ayudarme Vos milagrosamente a que no muriera, yo no pudiera sufrir el peso de tanto dolor, pues otras personas mueren de menores angustias. Vos, Hijo mío, gustasteis dolores y tristezas de muerte muchas veces, porque si no fuera por el confort sobrenatural de vuestra divinidad, muchas veces muriéades, y para más padecer no moriades. Y ordenasteis Vos que yo también no muriese, no porque faltase dolor de compasión que bastase a matarme, mas porque queriades Vos que yo más y más padeciese por Vos y con Vos. Acordaos, Señor, acordaos de lo que allí pasé viéndoos morir por los pecados de los hijos que me disteis. Consoladme de los dolores que en la muerte vuestra yo pasé, con que no mueran estotros hijos míos, que por vuestra grande bondad tomasteis por hermanos. No vea yo que, habiendo Vos muerto por ellos, Vos los azotéis y aflijáis, porque será dolor sobre dolor; mas para aliviarme aquél, haced bien a éstos, y por ellos ofrezco vuestra Pasión y mi compasión.»

¡Oh Virgen para siempre bendita! ¡Oh Madre de misericordia! ¡Oh abogada sapientísima y efficacísima! ¡Cuántas veces con estas y semejantes razones habéis amansado a vuestro Hijo bendito! Y cuando Él decía como a Moisés (*Ex.*, 23): *Dimitte me, ut irascatur furor meus*, Vos le habéis suplicado por nos. y le habéis tenido las manos, y hecho que torne su

espada a su vaina, y que no nos castigue. ¡Cuántas veces fuéramos ya destruídos, si no fuera por Vos! Si no, díganlo las historias de que habrá trescientos años que estaba Dios para destruirnos con tres lanzas, de hambre, pestilencia y guerra, y fuisteis Vos poderosa de lo amansar; y presentasteis al Señor a Santo Domingo y a San Francisco, para que predicasen penitencia, con que vuestra justicia fuese aplacada, y así lo fué de esta vez, que nos excusasteis de perdición. Y vemos, y por aquí sacamos, que otras muchas también lo habréis hecho.

8.—*La Virgen no alcanza lluvia porque ora sola.*

¿Qué es esto, Señora, que siendo llamada por unos buenos casados en Roma, enviasteis nieve en tiempo de agosto, y otras veces habéis alcanzado misericordia, y ahora no la alcanzáis? Cierto es que la pedís, y vemos que no la alcanzáis; ¿qué secreto, por qué no llueve Dios, por qué no oye a su Madre? Porque: *Non est bonum foeminam esse solam*, como *non est bonum hominem esse solum* (Gen., 2). Crió Dios la mujer para que ayudase al hombre; y cierto, lo cumplió muy mal la primera mujer, pues tan mal ayudó a su marido, que le hizo pecar. Mas nuestra bendita mujer fué criada para que ayudase al segundo Adán, Cristo, a restaurar lo que el primer hombre y mujer echaron a perder. *Cum eo eram cuncta componens* (Prov., 6) se dice en persona de Ella. Y si San Pablo dice (2 Tim., 4), que los predicadores y sacerdotes *ccadjutores Dei sumus*, ¿cuánto más lo será la Virgen María, dando carne para la redención, y oraciones eficacísimas para que se efectúe en nosotros lo ganado en la redención? *No es bien que el varón, Cristo, esté solo*; haya quien le ruegue por nos, le amanse en el tiempo de su ira, causada por nuestros pecados; y así lo hace la Virgen.

—¿Pues por qué no ahora?

—Porque *no es razón que Ella esté sola*.

—¿Cómo sola? ¿No está acompañada de ángeles?

—Sí, por cierto; mas digo *sola* en el rogar y pedir misericordia.

—¿Pues cómo? ¿Y no la ayudan los ángeles y santos?

—Sí, también.

—¿Pues cómo sola?

—Porque *qui creavit te sine te, non salvabit te sine te*. Si la Pasión del mismo Señor no te aprovecha si tú no te dispones, ¿qué te maravillas que la oración de la Virgen no te aproveche si no te dispones con penitencia, con orar, con buen obrar?

Sola, Señora, te dejamos orar, y cuando tú amansas, nosotros enojamos (*Eccli.*, 34): *Unus orans, et alter maledicens; unus edificans, et alter destruens, quid proficit illis labor?* Si ella está orando por mí, que había de estar llorando mis pecados, [y] estoy pecando, ¿cómo ha de ser Ella oída? *Destruyo* yo lo que Ella *edifica*; Ella está *bendiciendo*, yo *blasfemando*, murmurando y ofendiendo; son oídas más mis malas palabras y malas obras para ser castigadas, que la oración de la Virgen es bastante para ser oída. Y viene esto a tanto, que alguna vez dice Dios (*Jer.*, 7): *Tu ergo noli orare pro populo hoc, nec assumes pro eis laudem, quia non exaudiam te.* ¿Qué aprovecha hacer procesiones, andar con los pies buenos pasos, si nos estamos en nuestros males antiguos de nuestros pecados? Estos son los que habíamos de llorar, éstos nos habían de doler mucho más que la falta de cosas temporales. ¡Malos esclavos, y no hijos, que sentimos nuestro azote, y no la ofensa de nuestro buen Padre! Bien entiende Dios esto, bien lo sabe decir: *Quaeritis me non propter lucem quam vidistis. Y como dice San Agustín en persona de Él: Quaerite me propter me.* No sabéis este lenguaje, sino aquel del cual está escrito (*Oseas*, 7): *Super triticum et vinum ruminabant, et ego erudiavi eos, et confortavi brachia eorum, et in me cogitaverunt malitiam*, etc. Vuestras penas son: «No tenemos trigo.» Y los suspiros que en vuestras camas dais por esto son; *et ad Dominum non revertebantur.* ¿Cómo te vuelves a Dios, si tienes lo ajeno, si estás en mal estado, si hablas mal? Esto es por que no es oída la Virgen de Dios, ni nosotros de Ella, por qué no llueve.

Tres años estuvo sin llover porque el rey Saúl quebrantó su juramento, que habían hecho los pasados a los gabaonitas (2 *Reyes*, 21), y quebrantólo por buen celo. ¿Qué, por ahí vais, Señor? Tarde lloveréis, porque más que una vez quebrantamos juramentos, y más de diez juramentos, con mentira. ¿Por qué no llueve la gracia sobre nosotros? Por nuestros pecados, que no los quitamos; que si hubiésemos enmendádonos, ya

habría Dios consoládonos (*Jer.*, 18): *Si poenitentiam egerit gens illa a malo suo, agam et ego poenitentiam.*

9.—*Por culpa del pecador somos castigados.*

¿Qué os diré?, que es tanta nuestra desvergüenza como en tiempos pasados, cuando de enojado Elías contra los que ofendían a Dios, rogó a Dios que no lloviese, y así lo hizo Dios (3 *Reg.*, 18). «¿Qué decís, Elías?» «Señor, que no llováis!» Mas porque no penséis que lo hacía esto por venganza o malquerencia o por espíritu propio: *Vivit Dominus in cujus conspectu*, y como dice el original: *In cujus facie steti*. No fué antojo el decir: «¡No llováis!», sino cosa que dijo, habiendo estado en el acatamiento de Dios, en la alteza de su oración comunicando con Dios; de allí sacó este celo de la honra de Él, con que dijo: «Señor, no llováis.» Grave cosa es haber ofendido a Dios; cuando más bien nos hace, más ofendido. ¿Qué aprovecha que Dios hubiese abierto las manos de su misericordia, si por eso no dejaste de jurar, mentir, hacer mal? *Et non dixerunt in corde suo: Metuamus Dominum Deum nostrum, qui dat nobis pluviam temporaneam et serotinam in tempore suo, plenitudinem annuæ mesis custodientem nobis* (*Jer.*, 5). ¿Cesaron los males? No. ¿Pues qué hiciste? Lo que hicieron aquéllos. ¿Qué? *Saturavit eos, et moechati sunt, et in domo meretricis luxuriabantur. Numquid super his non visitabo, et in gente tali.* etc. Veis aquí, hermanos, qué ha provocado a ira los ojos de Dios, y por qué pide Elías que no llueva; porque si ha de dañar a vuestra ánima la abundancia, más vale que Dios no nos la dé. ¿Queréis que Dios llueva su gracia? Quitemos los pecados públicos y secretos, y cada uno mire su conciencia, y quite lo malo que en ella hubiere; y quien está descuidado de esto, aquél es por quien Dios no la envía.

Estaban en gran tempestad los marineros que llevaban a Jonás, y lloraban y llamaban a sus dioses; y no eran ellos por quien se levantó la tempestad, mas aquel que estaba en lo más bajo durmiendo y roncando. Van a él; levántanlo del sueño; y: ¿Cómo, ahora es tiempo de dormir estando para hundirnos? Llama a tu Dios, como nosotros hacemos, si por ventura nos remedie. Levántase, y conoce que por sus pecados

se levantó la tempestad, y confiévalo y pide penitencia y que le echen en la mar, porque él pecó; muera él, no se ahoguen ellos por él; y con el arrepentimiento de este culpado y su penitencia en el vientre de la ballena, y los otros librados de muerte, luego vino bonanza. ¡Oh hermanos, y cuántos Jonás habrá en este pueblo, que les haya Dios mandado algo y no lo hayan hecho; que hayan quebrantado su mandamiento, y han levantado ellos tempestad, no de agua, sino de seca; y estamos todos afligidos, y por ventura aquel por cuyo pecado viene esto, descuidado y durmiendo, está en su pecado, que ni llora, ni lo confiesa, ni hace penitencia, y es causa que azote Dios a los otros! ¿Qué duermes, hombre pecador? ¿Ahora es tiempo de pecar? ¿Ahora es tiempo de no hacer penitencia? Por aquel viene la tempestad, que huye de Dios y se está durmiendo. Si pecaste, levántate del pecado; llama a Dios, pide perdón, di lo que dijo David (2 Reg., 24): Yo, Señor, soy el que pequé; éstas, ovejas son. ¿No te mueve a compasión ver niños inocentes, buenas y santas personas que padezcan por ti? ¿No será mejor que digas: «Yo soy el que pequé, echadme en el mar»?

Todos temamos no sea cada uno aquel por quien Dios azota. Y aunque no te conozcas estar ahora en pecado mortal, quizá lo has hecho, y no está hecha bien la penitencia de él; y como San Agustín dice, castiga Dios a los malos porque pecaron, y a los buenos porque no los corrigieron. ¿Quién osará decir: No he hecho por qué merezca ser castigado? Si el pecador duerme, despiértele su hermano. Ya le despertamos desde aquí, y le decimos: *Levántate y ora al Señor*. Mas si esto no basta, usen los mayores de su oficio, y examinen qué pecados hay, y quítenlos; no se echen sobre sí pecados ajenos, y no les diga Dios (Num., 25): *Suspendite coram me Principes populi*. Cada uno como pudiere mire por su ánima y la de su prójimo; quitemos pecados, que así como Elías oró y no llovió, porque había pecados, quitemos nosotros los pecados y lloverá el Señor. Entonces es la oración eficaz, cuando se quitan pecados. Demos limosnas, hagamos buenas obras, ayudemos a la Virgen; que si experimentamos la justicia de Dios en nos castigar, experimentaremos su misericordia en ser oídos y consolados; alcanzaremos lo que nos cumple para la eterna salud.

TRATADO 10

ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (I).

(*Amorosos deseos del Corazón de la Virgen.*)

Te assumam, et regnabis super omnia quae desiderat anima tua, et eris rex super Israel.

Levantarte he, y reinarás sobre todas las cosas que desea tu alma, y serás rey en Israel.

(3 Reg., 11.)

1.—Introducción.

A.—Jeroboán elevado al reino de Israel.

La fuente de toda la lumbré es el sol, y de la mar nacen los ríos; y el sumo Bien que estas cosas crió es autor y dador de todos los bienes; y sin Él, ni aun el más chico se puede alcanzar. Él da el cielo y la gracia para merecerlo; Él da los reinos de la tierra a los que los tienen, y los pasa de unos a otros, según su santa voluntad; y por no conocer esto Nabucodonosor, le fué quitado su reino, y anduvo siete años en los campos como bestia salvaje, hasta que la misericordia de Dios lo miró, y lo hizo alzar sus ojos al cielo, *dándole conocimiento de que el Señor es Rey de los reyes, y los reparte y quita según su voluntad* (Dan., 4). El castigo del soberbio e ingrato es privarle de los bienes que Dios graciosamente le había dado. Y el remedio de este mal es hacer de ello penitencia, y entender que del cielo, y no de sí mismo, le vino el bien que tenía.

Y conforme a esta misericordia, dice Dios en las

palabras del tema a un hombre particular y común: *Yo te tomaré, y reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima, y serás rey de Israel*, para que entendiese que el reino que había de alcanzar ni le venía por su industria ni por su fortaleza; mas porque el supremo Señor de los reyes y reinos quería dividir el reino de las doce tribus de Israel, y dejando dos a los descendientes del rey David, les quería quitar las diez y darlas a este hombre que se llamaba Jero-boán, porque reinase sobre ellas; en castigo de los pecados que hizo el rey Salomón agradeciendo tan mal los bienes que Dios le había hecho, y viniendo a tan gran ceguedad, que habiéndole dado Dios muy abundante sabiduría, y héchole merced de que edificase templo para el verdadero Dios y Señor, *fué malleado su corazón con el demasiado amor de mujeres*; y por darles contentamiento, puso ídolos en el mismo templo que había edificado al Señor, y les hincó las rodillas, y miserablemente los adoró (3 Reg., 11). Y si no fuera por amor de su padre David (l. c., v. 12), cuyos servicios el Señor tuvo presentes, perdiera el reino entero Salomón con todos sus descendientes: mas no lo hizo así Dios, por cumplir lo que primero había dicho (Ps., 104): *Yo soy Dios, que hago misericordia a los que me aman, y a mil generaciones de los que de ellos descienden*. De manera, que por amor de él le dejó dos tribus, y por cumplir con su justicia le quitó las diez, y las dió a Jero-boán, diciéndole el Profeta las palabras dichas arriba ya declaradas, y amonestándole que si guardase los mandamientos de Dios a semejanza del rey David, que Él sería con él, y le haría mercedes como hizo a David.

B.—Peligros del señorío terreno.

Mas, oh humana miseria y flaqueza de los hijos de Adán, que como gente de poco seso y cabeza desvanecida, viendose puesto[s] en lugar alto y de prosperidad, pierden el poco seso que tenían, embriagados con el falso vino del mandar, de las riquezas y placeres; y como su virtud fué puesta en peligros y pruebas, desfalleció; como una chiquita candela, que estando guardada en casa, da lumbre; y sacada y puesta a los vientos, se apaga. Cosa más usada ha sido en el mundo, así entre étnicos como entre cristianos, los lugares altos hacer muchas veces a los buenos malos, y

ninguna o pocas, de los malos buenos, en lugar de ejercitar la virtud primero alcanzada, y que sea perfecta para que entre las muchas ocasiones que hay de perderla no se pierda; porque querer de nuevo alcanzar la virtud entre ocasiones, que aun la alcanzada se pierde, no es cosa de hombres prudentes pensar de salir con ello.

Testigos son de esto el rey Saúl y el rey Salomón, que fueron escogidos por Dios por la virtud que en ellos había cuando eran personas particulares, y fueron reprobados de Dios por los pecados que hicieron con las ocasiones que la dignidad real tiene anejas. Y entre ellos se puede contar este Jeroboán, de quien vamos hablando, del cual la Escritura no cuenta culpa alguna antes que fuese elegido de Dios, y debemos presumir que tenía virtudes, pues Dios lo eligió; y fué tan malo después que reinó, que hizo idolatrar a todo su reino, y les puso ídolos a los cuales fuesen, para que olvidasen el templo de Dios al cual solían ir, y no adorasen al verdadero Dios al cual solían adorar; y como lo pensó así lo hizo (3 *Reg.*, 12). Porque la idolatría duró en Israel hasta que el rey Salmanasar los llevó cautivos.

¿Quién hay que tenga un poco de seso, y que del todo no esté engañado con la exterior sobrefaz de los señoríos y reinos? ¿Quién no temerá de poseerlos, viendo que los que Dios escogió por ser buenos, pararon en mal por no usar bien de la dignidad y alteza que para su salvación Dios les había dado? Hombres ha habido étnicos, así como Rómulo y Diocleciano, siendo infieles, que el primero, siendo convidado que reinase sobre Roma, lo desechó cuanto pudo; y Diocleciano siendo emperador de ella, dejó el imperio, y eligió vida baja de hombre particular; y por mucho que le rogaron, nunca se pudo acabar con él que tornase a tomar el imperio dejado, ni dejase su suerte y vida pobre que había tomado.

Mas ¿para qué habemos menester traer ejemplos de hombres que no fueron cristianos, pues Jesucristo nuestro Señor, cuyas palabras mandó el Eterno Padre que oyésemos (*Mt.*, 7), se ofreció a (1) la cruz de su voluntad propia, y huyó de ser rey siendo buscado de la gente para que reinase? (*Jn.*, 6). Bien seguro estaba el Señor, pues es impecable, de usar mal de aquel rei-

(1) a: la edición de 1596, *en*.

no pequeño, aunque lo tomara, pues administra Dios el reino del cielo, y de la tierra, y debajo de la tierra, de todo lo cual es Señor. Mas huyó del reino el que con seguridad lo podía tener, para dar a entender que ninguno de sus cristianos sea tan atrevido, que deje de temer que pueda errar y pecar por su mucha flaqueza, viéndose en lugar tan lleno de peligros, que para que le creyésemos y temiésemos el Señor huyó de él.

Esta sabiduría, contraria es a la del mundo engañado, que piensa que en los mayores peligros hay seguridad; y si tiene una dignidad y señorío, procura otro y otro si puede; y embriagado con la falsa y momentánea dulcedumbre de lo visible, ni advierte ni se le da nada por peligros y caídas; ni teme la estrechísima cuenta que se ha de tomar a los que tienen mandos, según Dios lo ha testificado y avisado diciendo (*Sab.*, 6): *Juicio durísimo será hecho en los que presiden.* Entonces, aunque tarde, y con grave dolor y sin fruto, conocerán lo que aquí no quisieron, y sabrán que los montes más altos son combatidos con mayores vientos, y son más heridos con rayo del cielo que los lugares más bajos; y que el lugar más alto, como San Gregorio dice, es tempestad del ánima, y que se debe de huir en cuanto fuere posible. Y ya que se haya de poseer, ha de ser con dolor y gran temor, y solícito cuidado para evitar los muchos peligros que con dificultad perdonan aun a los avisados, y gravemente derriban a los descuidados y negligentes; como acaeció al miserable Jeroboán, por no estar tan fundado en la virtud como era razón, ni tener aquella verdadera estima de lo que es precioso y de lo que es vil, para estimar y desear lo uno, y tener en poco lo otro. Que por ventura, si él no estimara en mucho la alteza del reinar con lo que a ello es anejo, recatárase de ello, y aunque lo poseyera tuviéralo en poco, y así no viniera a perder por ello la fe y obediencia de Dios. Lo cual se saca de las palabras del tema, que Dios le mandó decir: *Reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima*; que quiere decir, *deseos visibles conformes a esta vida animal y sensitiva que vivimos.*

C.—Ventajas de los deseos celestiales (*Ps.*, 64).

Porque si fueran *deseos* del Espíritu Santo, *espirituales*, y de cosas sólidas que estuvieran arraigadas

en su corazón, aunque *reinara en lo que deseaba*, no por eso se perdiera, mas antes se mejorara; pues cuanto mayor abundancia dé cosas buenas ejercitase tanto a un hombre irá mejor, y el cumplimiento de sus deseos es mayor gracia y seguridad. Y estos son los que a boca llena son llamados *bienaventurados* por el Profeta David, cuando dice (Ps., 64, 5): *Bienaventurado el que elegiste y tomaste, porque morará en tus palacios*. Y agradeciendo a Dios en persona de todos ellos esta gran merced de *tomarlos Dios para sí*, cuidando de ellos, guiándolos y haciendo que todas las cosas se le tornen en bien y en medios convenientes para reinar en el cielo, dijo (Ps., 88, 15): *La misericordia y verdad irán delante tu faz. ¡Bienaventurado el pueblo que sabe la interior alegría! Señor, en la lumbre de tu rostro andarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia serán ensalzados; porque la virtud de ellos Tú eres, y en tu buen contentamiento será nuestra flaqueza ensalzada; porque nuestro amparo del Señor es, y el Santo de Israel nuestro Rey*. ¿Qué comparación puede haber entre los elegidos de Dios para bienes temporales, aunque sean reinos e imperios? Pues lo más alto de ellos es una pura bajeza en comparación de los grandes bienes para los cuales Dios escogió a los buenos cristianos, con los cuales *ab aeterno* usó Dios de misericordia, ordenándolos para la gloria del cielo; y lo que misericordiosamente propuso de dar antes de los tiempos, con mucha verdad lo cumplió en su tiempo, criándolos, *llamándolos, justificándolos* y engrandeciéndolos (Rom., 8, 30). Y aunque no gozan de los temporales pasatiempos y corporales deleites, que son verdadera ponzoña, *saben por experiencia la interior alegría* que harta el corazón, que nace de Dios, y de la guarda de sus santos mandamientos, de la buena esperanza de ir a reinar con Él.

Estos parecen de fuera tristes, de dentro trabajados, y andan de dentro siempre gozosos. Mas los mundanos muy al revés; que de fuera parecen gozosos, ricos y descansados, y traen su corazón despedazado con cuidados, atormentado con aficciones, sediento por tener más, y carcomido de tristeza, y faltándoles tanto lo que tienen como lo que no tienen. Rígense éstos por su propia prudencia, tienen su confianza en su brazo, no los toma el Señor para sí, y así todo se les torna en mal: pues *la planta que el celestial Pa-*

dre no plantó, quieran o no quieran ha de ser arrancada (Mt., 15, 12). Mas de estotros dice David que andan sus caminos y ordenan su vida en la lumbre del Señor. Y aunque mirando a sí mismos, hallan por qué llorar, mirando a la bondad divinal, en la cual confían que son amados, y que si ellos desean a Dios son ellos deseados de Dios, destierran de sí toda desconfianza y aflicción de vana tristeza, y no sólo se gozan, mas se regocijan todo el día, que quiere decir, en todo lo que les acaece, y esto no en su nombre, mas en el de Dios; entendiendo que no de ellos, sino de la gran misericordia de Él les vienen estas mercedes, y que el ser ensalzados de ser hijos de hombres a ser hijos de Dios, esperando la herencia del cielo, y viviendo de manera que la merezcan, les viene toda esta alteza por ser participantes de los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, que es verdadera justicia y causador de ella en todos los que son justos; los cuales confiesan que la gloria de todo lo bueno que tienen es de Dios, y que no en los propios merecimientos, mas en el buen contentamiento de Dios, la fuerza y fortaleza de ellos será ensalzada a que puedan vencer al pecado, y al demonio y al mundo, y que pasen por el trance de la muerte y no queden muertos, mas les sirva de puente para pasar a la inmortalidad. Dan a Dios gloria de todo aquesto, y sonle agradecidos a estas mercedes, conociendo que la raíz de todas ellas es haberlos tomado para sí la bondad del inmenso Dios y Rey nuestro.

2.—*María, elegida para el reino celestial.*

No se espante nadie del largo preámbulo que habemos hecho antes de entrar en las alabanzas de la sacratísima Virgen María Madre de Dios; pues para cosa tan alta cualquiera escalera y número de escalones son bajos y pocos.

¿Quién podrá contar el inefable amor con que Dios dice a la Virgen: *Yo te tomaré?* ¿Y quién podrá contar la grandeza del reino para el cual hoy la toma? Y tampoco sabremos decir la pureza, y excelencia y grandeza de las cosas que deseaba el ánima de esta sacratísima Virgen. Ella dice (*Eccli., 24*) que desde *ab initio, et ante saecula* fué criada. Porque aunque en el ser real, fué en el tiempo criada, mas en la men-

te divina en todo tiempo lo fué. Y aunque también lo fué todo lo demás que Dios crió en tiempo, mas esta Señora fué antepuesta a todas en ser más amada, y elegida para mayor dignidad y para mayores bienes; y por eso se llama *la primera engendrada ante toda criatura*; porque en los ojos y corazón de Dios es la más dotada de gracias que todo lo restante de lo criado. Y de aquel inefable fuego de amor con que la Virgen fué amada, resultó el ser criada y reservada de todo pecado, y vivir tal vida, que, con la gracia del Señor, mereció subir hoy al cielo, y reinar con mayor excelencia que ninguna pura criatura ni ángel, según lo canta la Santa Iglesia, diciendo: *Ensalzada es la santa Madre de Dios sobre todos los coros de los ángeles a los celestiales reinos.*

Lejos está de nosotros saber hablar de cosa tan alta. Los ángeles y santos que fueron presentes a la solemne fiesta de hoy, en que fué puesta sobre la cabeza de la Virgen sagrada la riquísima corona de Reina de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, sabrían decir algo, y Dios que la galardonó y honró, lo sabrá decir todo. Mas nosotros en este destierro, con nuestra corta vista, muy poco podemos ver; y aun de lo que entendiéremos, menos podemos decir.

3.—*Visión de Ezequiel: Acciones: hábitos: corazón.*

Y no es maravilla que de cosa tan distante, como es lo que pasa en el cielo, no sepamos hablar, pues aun de los deseos que tenía, aun viviendo en esta tierra el ánimo de la Virgen, no sabremos dar cuenta. ¡Oh qué va de los deseos del ánimo de Jeroboán a los deseos del ánimo de la sacratísima Virgen nuestra Señora! Gran diferencia hay entre el corazón de los hijos de Adán, que se quedan en su propia miseria, al corazón purísimo de esta Señora, al cual no tocó el pecado de Adán, y fué tan tomado de la gracia del Espíritu Santo, que más se puede llamar divino que humano. Gran negocio es conocer el corazón del hombre, el cual, según Dios da testimonio (*Jer.*, 17, 9), es tan *torcido* y de tantos senos y revueltas, que el mismo hombre no las puede enteramente conocer, *y sólo Aquel que lo crió lo conoce.*

En el Profeta Ezequiel (8, 3), leemos que le mandó Dios en su visión que entrase *en el templo*, y vie-

se las maldades e idolatrías que se cometían; y vistas aquéllas, le mandaba entrar *más adentro*, y veía otras mayores; y al cabo de muchas y muy abominables, mandóle *cavar en una pared*, y por allí vió estar cierto número de gente *vueltas las espaldas al templo, y las faces a los ídolos*, adorándolos y ofreciéndoles incienso; y aquella maldad es allí notada por la mayor de todas las otras. Y en ella se nos declara la gran maldad de nuestro corazón, del cual nacen las *fornicaciones y los hurtos y pensamientos malos* (Mt., 15, 19). Hace uno una mala obra, que sale a lo de fuera; aquello es hacer maldad en el *atrio exterior* que vió Ezequiel. Mas entrando más adentro, y mirando de qué raíz procedió esta mala obra, hallaremos un *vicio de fornicación interior*, o de malquerencia, u otro semejable, el cual hizo salir afuera la mala obra conforme a esta mala raíz. Y si *cavamos más en la pared* de nuestro corazón, hallaremos que esta fornicación o malquerencia interior tiene por causa el amor propio, el cual *vuelve las espaldas a Dios, y la faz a las cosas temporales*, amándolas para sí mismo más que al mismo Dios.

Mala cosa es el deleitarse un hombre en la obra mala, mas muy peor es volver a Dios las espaldas y decirle (Job, 21, 14): *¡No os quiero!* Y así con justa justicia, en el lugar donde es castigado el pecado, que es el infierno, se da al hombre pena de sentido porque se deleitó en las criaturas, y dásele pena de daño, que pierda a Dios para siempre, porque viviendo en esta vida, *volvió las espaldas a Dios*, despreciando el bien infinito. Estas son las obras. éstos los deseos. esto lo que pasa en el ánimo del pecador deseando cosas malas o vanas; [que] reinar en lo malo, verdadera malaventuranza es, y en lo vano verdadero peligro: y tal lo fué para Jeroboán, pues por reinar en aquello vino a ser esclavo del pecado y del demonio, y causa que innumerable gente ofendiese a Dios y fuese al infierno.

¡Oh Virgen para siempre bendita! ¡Cuán seguro estará quien viere vuestra sacratísima ánima, de ver en ella deseo de cosa mala, deseo de cosa vana, ni en toda vuestra vida cosa que tenga rastro ni olor de cosa de aquéstras! Había muy bien leído esta prudentísima Virgen que el rey David había deseado en un tiempo beber un jarro de agua de un aljibe que estaba a la puerta de Belén (2 Reg., 23); y dando cuenta de ello

a sus caballeros, fueron ellos con gran peligro de la vida, pasando por el ejército de los filisteos, para poder coger el agua, y trajéronse a su rey para que la bebiese como deseaba; mas él no quiso beber, mas derramóla en la tierra, ofreciéndola a Dios; porque le pareció que no era razón de beber agua de tanto peligro, pues se habían puesto en aventura de perder la vida por la traer. Este recatamiento había aprendido la Virgen de la Escritura divina; mas muy mejor se lo había enseñado el Espíritu Santo, dándole a entender que aunque las cosas y reinos temporales de sí no sean malas, mas que la posesión y uso de ellos es lleno de mucho peligro, y que a muchos ha costado la vida del ánima; y que quien bien la quiere guardar, se debe apartar aun de lo lícito, si es peligroso, por no caer en lo ilícito, que es dañoso y mortífero. Y de poseer a amar, hay muy poca distancia; lo uno porque somos inclinados a estas cosas visibles; y lo otro porque con la presencia y uso se entran poco a poco en el corazón; y cuanto ellas ocupan, tanto pierden a Dios y su presencia.

Y conforme a esta doctrina, se gobernó la Virgen de manera que huyó de toda pompa de riquezas y prosperidades, y de todo lo que las ánimas de los mundanos desean, temiendo no le fuesen aquestas cosas algún impedimento para que el fuego de su ánima, que en el altar de su corazón ardía en honra de Dios, no se le entibiase, o le estorbase, por muy poco que fuese, de darse toda y con todas sus fuerzas al que más que a sí amaba. Y así sus obras fueron santas para glorificar al que la crió; y éstas salían de excelentísimas virtudes que en su ánima tenía, en comparación de las cuales las obras, aunque buenas eran pequeñas; y *quien cavare más en el Corazón de la Virgen*, hallará en lo más dentro de él un mar abundantísimo de gracia y amor, del cual salían las virtudes así como ríos. Allí no había espaldas vueltas a Dios y ojos al mundo, mas totalmente muerto el amor al mundo, y todo él despreciado y estimado en nada en los ojos de la Virgen, y sólo el Bien sumo mirado, estimado, amado ypreciado de ella sobre todas las cosas, diciendo con mucha verdad (Lc., 1): *Mi ánima engrandece al Señor*, tan engrandecido, que todas las cosas tiene por nada en comparación de Él. Y que después que lo ha engrandecido con todas sus fuerzas, y fuerzas dadas por el Espíritu Santo, cree

de Él, que en comparación de lo que merece ser alabado ypreciado y amado, es nada o poco lo que ella le sirve y le engrandece.

¡Oh purísimo Corazón! ¡Oh amor, verdaderamente amor, que haces olvidar el interés y provecho de aquesta sacratísima Virgen, y que aun ni a Sí misma vuelva los ojos, por no apartarlos un solo momento de la hermosa divina, y que por amarle a Él primeramente, no ame Ella a nadie, ni aun a Sí misma, sino a Dios en todas las cosas, y a Sí misma por amor de Él!

4.—*La Virgen deseaba a sólo Dios.*

Este era su ejercicio: *mirar y amar* al Señor Dios suyo, y decirle con mayor verdad que nadie lo dijo, lo que está escrito (Ps., 26): *¡A Ti dijo mi corazón; Mi faz te ha buscado; tu faz, Señor, buscaré!* De corazón, y no de sola lengua, dice la Virgen a su Criador: *¡Mi faz te ha buscado!* ¡Oh prudentísima Virgen!, que todo el cuidado que las vanas mujeres ponen en ataviar la faz con colores y diversas unciones para parecer bien y ser vistas de unos hombres, que los ojos que miran, y la faz que es mirada estarán presto en la sepultura llenos de mal olor y de fealdad, la Virgen sagrada con mejor consejo trocó este cuidado en ataviar la faz de su ánima, que es su conciencia, con diversidad de virtudes, y con la unción blanda del Espíritu Santo, que cumplió muy por entero lo que dijo David (Ps., 44), *que la hermosura de esta Reina toda es en lo de dentro, donde miran los ojos de Dios. Las vírgenes locas no fueron conocidas de Dios (Mt., 25),* porque no llevaban *la unción del óleo* de la santísima gracia *en los vasos* de la conciencia y hermoseadas con otras obras de caridad. Y porque así como por *la faz* conocemos a uno, y la conciencia no buena no es agradable a los ojos de Dios, dicese que Dios *no conoce* a la tal persona, porque *no aprueba* la tal conciencia, de la cual está ausente la hermosura de la celestial gracia.

Y como el cuidado de la Virgen era uno, como San Pablo lo manda (1 Cor., 7), y ayudado muy particularmente del favor del Espíritu Santo, salió también con el negocio, que paró la faz de su ánima tan hermosa, que *no tuvo mancha ni arruga*; y halló tanta gracia delante de los ojos de Dios, que se holgase

Dios de mirar su faz y oír su voz. Palabras de Él son, dichas a Ella (*Cant.*, 2): *Enséñame tu faz, y suene tu voz en mis orejas; porque tu voz es dulce y tu cara muy hermosa.* ¡Dichosa Virgen, que tan buen orden llevó, primero en hermosear su conciencia, que en hablar con la lengua! Porque los que primero presumen de hablar que de bien obrar, *antes de la luz se levantan* (*Ps.*, 126, 2) y no son testigos de vista del camino de Dios que enseñan a otros; y por eso no agradan a Dios, ni escapan de aquella terrible amenaza que dijo Dios al pecador (*Ps.*, 49, 16): *¿Por qué tú hablas mis justicias, y tomas mi Ley en tu boca?* Esta Señora, con la hermosura de su faz, dice que buscaba a Dios, porque así con el pensamiento recogido como con las obras buenas, que son hermosura del ánima, buscaba y llamaba a la puerta de Dios, teniendo su intención toda tan fijada en Él y tan convertida en Él, que ahora comiese o bebiese, u otra cosa hiciese, *todo*—como dice San Pablo (1 *Cor.*, 10)—*lo hacía en gloria de Dios*, sin tomar de ella propia gloria, mas verdaderamente buscando en todo la gloria y contentamiento de Dios.

5.—Sólo deseaba amar a Dios.

Este era el cuidado; esta faz era la de la Virgen, con que dice que *buscaba*; y añade lo que buscaba diciendo: *Tu faz, Señor, buscaré.* No hace aquí mención la Virgen sagrada de los *pies* de Dios, ni de las *manos* de Dios, sino de la *faz* de Dios, y ésta es la que Ella buscaba. Porque aunque muchas veces se postraba a los *pies* de Dios, que son su justicia, debajo de los cuales nos postramos los pecadores pidiendo perdón de nuestros pecados, y Ella, considerando los que pudiera hacer si Dios no la guardara, y esta consideración le causaba un gran temor, que sirve de reverenciar a Dios; y también otras veces consideraba las obras de los merecimientos, y por ellas como por escalera subía al conocimiento de Dios, y como muy agradecida a las *manos* de la liberalidad divina, con perfecto conocimiento de las grandes mercedes que Dios le había hecho. y por ellas cantaba con perfecta humildad (*Lc.*, 1): *Hizo en mí grandes cosas el que es poderoso y su nombre santo;* mas aunque esto algunas veces usaba, y andaba estas estaciones

de los *pies* a las *manos*, mas su principal y casi continuo ejercicio era buscar la benditísima y hermosísima *faz* del Señor.

Justamente se debe a Dios el agradecimiento de todas las misericordias generales y particulares, y no quiere que ninguna, por pequeña que sea, quede sin ser conocida y agradecida; porque lo que así queda, por perdido se puede tener. Y para darnos a entender esto, después de haber hartado el Señor en el monte aquella muchedumbre de gente *con cinco panes y dos peces* (*Jn.*, 6), mandó que se recogiesen los mendrugos que habían sobrado, aunque fuesen pequeños, porque no perciesen. Esto así es; mas cuando un amor es muy perfecto, que llega a hacer perfecta unión entre el que ama y es amado, y los hace, como San Pablo dice (1 *Cor.*, 6, 17), *ser un espíritu*, éste conoce que su amado no le pide tanto el agradecimiento de las mercedes que le hace, cuanto verdadero amor que más y más le junte con Él. Claro está que de lo que hace un buen marido por su mujer, no tanto le pide agradecimiento, cuanto amor de mujer leal. Porque si un filósofo dijo a un su amigo: «No me des gracias de lo que hago por ti, porque no parezca que tú y yo somos dos», pues el verdadero amigo es «otro yo», y ninguno quiere que le den gracias por lo que hace en su casa propia; mucho mejor un marido guardará esto en su propia mujer, con la cual es una misma cosa; y muy mucho mejor lo guardó Dios con su sacratísima Madre, pues en la dignidad era Madre y Esposa, y por el perfectísimo amor que entre ellos había, Él tenía a Ella por cosa muy suya; y las mercedes que le hacía, como en tal cosa las hacía; y Ella tenía a Él tan abrazado con tan grande amor de su corazón, que lo amaba cien mil veces más que a Sí misma.

Y como sabía que esto quería Dios de Ella, no curaba de detenerse en beso de pies, ni en consideración de las criaturas; porque aunque para los imperfectos es buena escalera para subir al Criador, mas los ejercitados en el ejercicio del perfecto amor, por rodeo lo tienen, y de un vuelo se ponen derechamente en contemplación y amor del Bien sumo que es Dios; y enamóranse de Él tan de verdad, que buscan la faz de Él, y olvidados de su propio interés, quieren ser todos enteros para Dios más que para sí. Y encendidos con el fuego del divino amor se

ofrecen cada momento a sí mismos y todas sus cosas, como abrasados holocaustos, para que Dios haga de ellos su buen contentamiento en tribulación o prosperidad, vida o muerte, en este mundo y en el otro; y su deseo sólo es nunca ofender[le] y en todas las cosas y en todo tiempo agradarle. Y si esto pasa en muchos amadores de Dios, si esto pasa en los ángeles del cielo, ¿quién contará la grandeza del divinal amor que en el virginal corazón de la sagrada Madre de Dios había, que la encendía y suavemente abrasaba, deseando su ánima con mayor deseo, ofreciéndose en suavísimo holocausto a la voluntad y honra de Dios, y tanto con mayor suavidad, cuanto su corazón estaba más desocupado de todo amor de criaturas—como mandó Dios que el altar de los holocaustos estuviese—y su ánima muy dispuesta para recibir en sí el fuego del amor celestial que le fué enviado del cielo, y *su bendito Hijo quiso que se encendiese en la tierra* (Lc., 12, 49) aunque le costase la vida?

Estos eran los deseos que el ánima de la Virgen sagrada deseaba, *sobre los cuales le dice Dios que le hará reinar* (3 Reg., 11). Porque si mucho desea reverenciar, agradecer, servir y amar al Señor, todo le fué concedido, y con tanta ventaja sobre todo lo criado, como lo tiene la Reina en señorío sobre sus vasallos todos.

6.—Deseaba la suprema gloria de Dios.

Mas ¿qué haremos con este virginal Corazón, que aunque sirve a Dios y le agrada más que todo el restante del universo, no se contentan sus deseos con tan grandes servicios? Mas en comparación del amor que a Dios tiene, todo le parece pequeña cosa para servir al Inmenso Bien, y amarlo de todo corazón sobre toda medida. Y por eso deseaba con entrañables deseos que todo lo que Dios crió en los cielos y en la tierra conociese, reverenciase, obedeciese y amase a Dios de todo su corazón, y los convidaba muchas veces, desde el más alto serafín hasta la hormiguita y hierbecita del campo, que todos *juntamente engrandeciesen a Dios con ella, y ensalzasen el nombre de Él en concordia* (Ps., 33, 4). Todo lo tomaba la Virgen por leña, lo alto y lo bajo, para cebar y mantener el benignísimo y gastador fuego del amor divinal que

ardía en su corazón. Y para remedio del desmayo y corporal flaqueza que estos deseos encendidos causaban en ella, decía muchas veces lo que antes que Ella naciese fué dicho en su persona (*Cant.*, 2): *¡Sustentadme con flores, cercadme con manzanas, que estoy enferma de amor!* (*Cant.*, 8). *Fortísima cosa es, más que la muerte, el amor perfecto de Dios*; y así, con el continuo pensamiento que hace tener en el Amado, y el abrasado amor y deseo de ver a Dios, consume la carne y gasta las medulas, y mata el amor de todas las otras cosas, que de tal manera se enseñorea de la dichosa persona donde Él está, que la enflaquece y enferma, hiere, prende y cautiva, para que toda se emplee en el bien y hermosura infinita que merece ser amado con inefable amor.

El alivio que se toma para este gran fuego es ver el amor de Dios, oír y acordarse que hay gente que tiene *deseos* de servir a Dios, que son *flores*; y gente que de verdad le sirve con *obras*, significadas por las *manzanas*. Esta era la epítima (2), el aire fresco que la sagrada Virgen tomaba para remedio de las ansias amorosas de su Corazón; y con acordarse de los servicios que a Dios nuestro Señor le son hechos en la tierra, y principalmente en el cielo, y que de todo recibe Dios gloria, o por vía de justicia o por vía de misericordia, tenía fuerzas para defenderse de *la muerte*, que muchas veces *su fuerte amor* le causara. Y también se entiende de aquesto lo que Dios le promete, que *reinaría sobre todas las cosas que deseaba su ánima* porque, aunque en esta vida, la levantaba muchas veces sobre Si misma al conocimiento de los servicios que se hacían a Dios en el cielo y tierra. porque bebiendo de aquel agua se remediase su sed.

7.—*Deseaba ver a Dios cara a cara.*

¿Quién será tan atrevido, Virgen sagrada, que ose pasar más adelante aquesta empresa de conocer y declarar qué cosas son las que *deseaba vuestra ánima, sobre todas las cuales os promete Dios que habéis de reinar?* El Señor pregunta a Job (38, 22): *¿Has entrado, por ventura, en los tesoros de la nieve?* Para

(2) *Epítima*: confortativo.